

# Musil: el hombre sin propiedad

**D**er Mann ohne Eigenschaften es el título adjudicado por Robert Musil a su (hoy) famosa novela. Las diversas traducciones de esta fórmula son equívocas y mezquinas respecto al original, salvo, quizá, la propuesta por André Gide: «El hombre disponible». Aunque parcial, muestra con elocuencia el costado libertario de esta figura.

A lo largo del texto, Musil utiliza tres palabras cercanas: *Attribute* (atributos, lo que nos reconocen los demás), *Eigenschaften* (propiedades) y *Eigenheiten* (peculiaridades). El MOE (y así citaré en adelante tal libro) es, pues, más bien un hombre que carece de propiedades, de cosas propias, un hombre impropio, inapropiado, desapropiado, en el sentido de desposeído de propiedad, expropiado. Martín Menges, con fuerte decisión sociológica, traduce *Eigenschaft* por «rol» o «papel»: modelos de relación socialmente definidos, manifestaciones de la presión social, expectativas de conducta. Esta falta de roles equivale al desdén completo por la sociedad como geometría de las conductas esperadas: lo no comunitario absoluto, el autismo.

El MOE no se adjudica ningún lugar preciso ni reconocible en la sociedad. Los demás tampoco lo hacen. Musil, en este sentido, nos propone una moral que se construye contra la psicología, en tanto ésta es un sistema de caracteres reconocibles desde fuera. Esta tarea se convierte, a su vez, en el objetivo de la literatura. De alguna manera, lo opuesto a la novela estructurada por el realismo social y psicológico del siglo XIX. La novela musiliana es reflexiva y no psicológica. Es un *Bildungsroman*, una novela educativa, pero no de un carácter concreto, sino de ideas abstractas. La novela tradicional basaba su psicología en la moral de los caracteres, en un paradigma de «vida correcta». Pero ésta es, justamente, la que, en Musil, se evapora y se disipa en el aire. Por eso es clara, pura, incondicionada.

El carácter del MOE está en constante estado de postergación. «No dice que no a la vida, sino que aún no, y se ahorra la decisión. Lo entiende con todo el cuerpo», reza la definición musiliana (2,97 de MOE). Si se prefiere la definición de otro personaje, Walter (1,17): un hombre que lo sabe hacer todo, que lo conoce todo, pero que

nada de lo que hace y sabe le es propio. Sus saberes y prácticas no son propiedades, él es nada. «Un hombre y ningún hombre.» En un primer relevo parece que estamos ante el sujeto de una entidad jerárquica, de las que reclaman conductas de estricta ortodoxia: un ejército, los cuadros políticos militarizados del fascismo, tal vez una sociedad que se militariza crecientemente. Un hombre que, por no poder/deber apropiarse de lo que hace, permanece extrañado de los objetos de su praxis: alienado.

Al separarse los atributos del hombre, quedan aquéllos sin éste reducidos a mera abstracción. La actualidad disuelve una figura antropomorfa del sujeto humano, que se traduce a palabra sin cuerpo. «En lo abstracto está lo esencial y en la realidad está lo que carece de importancia.» Llevado a su extremo, este tipo abstracto de sociedad es, otra vez, el ejército, imagen suprema del orden que se pone a prueba en el hecho caótico por excelencia: la guerra. Aniquilación, la musiliana «epidemia geométrica». El dominio de lo general sobre lo particular y del orden abstracto sobre lo individual concreto acaba en muerte. Es la disolución y, a la vez, la reducción al absurdo de la más característica utopía humana, la inmortalidad. Asegurada por un orden cerrado, la eternidad acaba con el hombre que quiere eternizarse, según la fórmula del filósofo y psicólogo tan leído por Musil, Ludwig Klages: «El camino hacia la vida pasa por la muerte del yo.»

La génesis del MOE es paradójica. A él pertenecen la vivienda y el edificio que habita, pero él carece de propiedades. En cambio, su padre sí las tiene. La ruptura se produce en el vínculo hereditario, que se convierte en una frontera: el hijo no hereda las propiedades del padre. Dicho sociológicamente: el pequeño burgués, nuevo modelo heroico de la «sociedad-hormiguero», no recibe las facultades paternas, las del burgués competitivo y pionero del siglo XIX. O dicho freudianamente: la herencia del padre queda vacante, el padre es el último falo y el hijo, un castrado. Es, conforme una de las fórmulas de Musil, el hombre moderno como habitante de una clínica, paciente y convaleciente de una enfermedad incurable. Le resulta difícil elegir un estilo con el cual identificarse, a pesar de que dispone de todos, en un instante universal donde se engloba el completo pasado, desde la arquitectura asiria hasta el cubismo, por seguir la imagen musiliana. No carece de oferta identificatoria, carece de poder para cargar una opción con la validez que la conecte con la ley. Su mundo de normas está afectado de invalidez (jurídica, pero también corporal, de ahí la metáfora de la clínica), es un universo anómico (falta de virtualidad en la norma y enfermedad se aproximan también en la paronomasia: anomia/anemia).

En la casuística del MOE destaca su carencia de elementos esenciales, es decir de constantes de identidad que mantengan la sustancia, difusa y homogénea, y las formas, cambiantes, sometidas a la perfecta igualdad de lo abstracto: la esencia. El MOE no está nunca en un lugar fijo, circunscrito por la esencia. Es el hombre cualquiera, el *uomo qualunque* de la sociología fascista, el nivel homogéneo de la masa que permite el gobierno de la criatura excepcional, pura cualidad, el conductor. En lugar de su impotencia para asumir las propiedades paternas, el omnipotente líder.

El MOE es un carácter, pero carece de carácter. Su alma (su psique, si se prefiere) es «el gran agujero». Constantemente se pregunta si esta vida que va viviendo y que es su vida, es, además, o ante todo, la que debería ser. Pregunta sin respuesta, ya que el deber ser surge de una norma válida. Nunca sabrá el MOE qué grado de autenticidad tiene la única vida que puede vivir.

El rechazo de la esencia es una de las incontables fórmulas para definir la libertad. Un mundo inesencial es un sistema donde nada se fija y, por lo tanto, donde todo se desata y se mueve libremente. Es la disponibilidad absoluta. Pero, por paradoja, este absoluto, como todos los demás, lleva a la aniquilación. Al carecer de esencia, el MOE también carece de existencia. Tiene todo a su disposición, pero no puede escoger. Su libertad, por inoperante, es inexistente. El se mueve en un mundo de posibles, donde la posibilidad se reproduce y conserva a sí misma, impidiendo el paso al acto. Libertad inocua, pura virtualidad, insumisa a toda normativa y, por lo mismo, incapaz de fijarse normas de acción. Como personaje, el MOE es también una gran falta, ya que no se lo puede resolver sometándolo a las leyes de la biografía, como en la novela del XIX. Es, según la aguda fórmula de Maurice Blanchot, alguien que se vive como la teoría de sí mismo, pero que nunca pasa a ser la práctica de sí mismo. Su palabra es el vacío considerado como perfección, o sea: como plenitud negativa. El suyo es un discurso de ideas que no tienen verdad ni conducen a ella, el nihilismo final de un discurso puramente autosustentado, absolutamente autónomo, babélico.

La contrafigura del MOE es el personaje del director Fischel, que encarna las propiedades sin hombre, *pendant* del hombre sin propiedades. Fischel es el mundo des-centrado que sigue, en la historia, al mundo antropocéntrico, característico de la modernidad. Durante siglos, el hombre fue el centro del conjunto. De pronto, ha desaparecido de tal centro. Se ha producido una expansión del Yo, pero no de cada yo concreto e individual, sino de un Yo abstracto que, vanamente, intenta reemplazar al hombre paradigmático del humanismo. Con él se extingue la fe en la experiencia y en la acción, que aparecen, ante el MOE, como una mera ingenuidad.

En el esquema clásico, el héroe es un hijo que se educa para llegar a ser padre. En el MOE, el padre de Ulrich es, aparentemente, el culmen de lo paterno, un juriconsulto, un hombre de ley. Sólo que la ley que señala al hijo es anómica, carece de validez. Es inútil que el padre, pues, lo instituya como su único heredero, ya que no hay herencias. Hay en la novela una carta del padre (I,19), que es la inversión de la carta homónima de Kafka. En ésta el padre personifica una ley válida, pero que se identifica con él. Al morir el padre (el Zaddik de la tradición judía cabalística) muere la ley: el hijo queda sin herencia. En Musil, en cambio, el padre es válido y está dispuesto a ser heredado, pero la ley es inválida. El *Du*(Tú) de Kafka es un padre mayúsculo e inabordable. El Tú musiliano es el hijo, caricatura de un gigante paralítico. Ambos hijos, el del padre insustituible y el del padre anómico, se quedan sin hijuela en el mundo.